

res». Pero Jesucristo, con grande energía y viveza, le contestó: «Vente tras Mí, Satanás; éresme escándalo, porque no sabes las cosas que son de Dios». Así te trataría Jesucristo si mirases las aflicciones y dolores enviados y ordenados por Dios, no con los ojos de la fe y sabiduría celestial, sino con la luz de la sabiduría humana. ¡Oh Maestro soberano! Vos sentíais tan altamente de vuestra Pasión, por la sabiduría del cielo con que mirabais la causa de ella, y considerabais como enemigo y adversario al que quería estorbarla, aunque con pretexto de celo y amor; desnudadme de toda sabiduría terrena, y vestidme de vuestra sabiduría celestial, para que yo sienta altamente de vuestros trabajos y de los que quisieréis que padezca por vuestro amor. ¿Comprendemos nosotros el mérito del padecer? ¿Cómo miramos la cruz de Cristo? ¿Es para nosotros escándalo ó locura, como para los judíos y gentiles, ó virtud de Dios?

Epílogo y coloquios. ¡Hermosos y saludables son los ejemplos de Jesús en su subida á Jerusalén en visperas de su Pasión! Lleva un paso acelerado, casi precipitado, causando grande admiración á los Apóstoles, que nunca le habían visto andar de aquella manera. ¡Ah! Deseaba mostrarte las ganas que tenía de padecer por ti, y por esto corría á su Pasión con la celeridad que los mundanos á sus entretenimientos; quería demostrarte que en materia de dolores quería ser el primero, sin admitir á otro que le aventajase, ni aun igualase, entre todos los hombres pasados, presentes y por venir; pretendía despertar en sus discípulos afectos de admiración é imitación, como realmente lo logró. Admira tú también á Jesús, viéndole correr á la cruz; oye las palabras que dirige á sus Apóstoles, anunciándoles, como ya lo había hecho en otras ocasiones, los trabajos que le esperaban. ¡Cuán dulce es para Él este recuerdo! Ama á su Padre, y por esto gusta de pensar en aquello que le ha de causar suma gloria; ama á los hombres, y por esto se complace en recordar aquello que ha de ser para ellos principio de todos los bienes. Y tú, ¿cómo piensas acerca de los trabajos? ¿Acaso no entiendes ni penetras, como no penetraban los Apóstoles, el mérito, provecho y gloria que en ellos hay encerrados? ¿Qué debes sentir y pensar de ellos en adelante? Reflexiónalo; haz propósitos, pide gracia para cumplirlos, y ruega por todos.

7.^a—ENTRADA SOLEMNE DE CRISTO EN JERUSALÉN.

PRELUDIO 1.^o Jesucristo quiso entrar pomposamente en Jerusalén pocos días antes de su Pasión.

PRELUDIO 2.^o Representáte á Jesús en este paso.

PRELUDIO 3.^o Pide amor á los trabajos, á imitación de Jesús.

Punto 1.^o *Causas porque quiso entrar con tal pompa.*—Considera las causas por qué Jesucristo determinó entrar en Je-

rusalén con grande pompa exterior y especiales muestras de alegría, algunos días antes de su Pasión. Quiso primeramente manifestar las ganas que tenía de padecer, y la alegría con que recibía los trabajos que le esperaban en aquella ciudad, entrando en ella con tanto regocijo, como si fuera á bodas. Causábale este gusto el celo por la gloria de su Padre que buscaba, y por la salvación de los hombres que ardientemente deseaba; y porque tú no tienes este vivo celo, se te hacen duros los trabajos. Demás de esto, para dar una prueba de que las tristezas y temores del huerto no habían de llegar á la parte superior del espíritu, sino quedarse en la parte inferior del alma, ahora, antes que sobrevengan, y teniéndolas ya delante de los ojos, quiere dar muestras exteriores de alegría, enseñándote que la suma paciencia consiste en ofrecerse con gran contento de espíritu á sufrir, no solamente trabajos exteriores, sino aflicciones interiores, en las cuales se muestra principalmente la sólida virtud y perfecta conformidad con la voluntad de Dios. Otra causa fué para manifestar que todas las injurias que hasta entonces había recibido en aquella ingrata ciudad, no habían sido poderosas para entibiar un solo grado su amor, como tampoco lo serán todos tus pecados, por enormes que sean, con tal que arrepentido te arrojes en los brazos de su misericordia. La caridad de este Señor es como un fuego encendidísimo, al cual ni todos los ríos de las tribulaciones, ni las muchas aguas de los pecados pueden apagar. Pondera finalmente la última causa de tan nueva entrada, que fué para que entiendas que padecer trabajos y desprecios por cumplir la voluntad divina y por la virtud, es cosa gloriosa y honrosa en los ojos de Dios, de los ángeles y de los justos; y así, has de entrar en ellos, no sólo con gozo, sino con muestras de honra y pompa, como quien se precia de ellos y se honra con ellos, sin avergonzarse ni correrse por ello. Mas, no paró aquí la caridad de Jesús, sino que quiso estas honras y aplausos exteriores para que después sus deshonras y afrentas fuesen mayores; de suerte que una sola vez admitió los aplausos y honras del mundo, y esta fué para que se convirtiesen en mayor ignominia suya, ordenando esta honra á su mayor deshonra. ¿Y nosotros qué juicio hacemos de los trabajos? ¿Cómo los miraremos y recibiremos en adelante? Jesús mío, gracias os doy por el hambre insaciable que tenéis de padecer ignominias, por lo cual corréis á ellas con mayor deseo y contento que los mundanos á sus alegrías y pasatiempos. Corrido estoy en vuestra presencia por la repugnancia que tengo á padecer trabajos por vuestro amor. Suplícoos, Señor, quitéis de mí esta repugnancia, y me deis tales ganas de padecer por Vos afrentas, que no se menoscaben, aunque reciba honras.

Punto 2.^o *Modo de verificar su entrada Cristo en Jerusalén.*—Considera en este punto el modo cómo dispuso Cristo nuestro Señor su entrada en la ciudad. Llegando ya cerca de ella,

mandó á dos de sus discípulos á un lugar que se hallaba enfrente, encargándoles le trajesen una asna con su pollino que allí estaban atados; y colocando los discípulos sobre el último sus capas, subió en él Jesús. ¡ Con qué humildad hace tu Rey su solemne entrada en la corte de su reino! En lugar de carros de cuatro caballos, un jumentillo; en vez de ricos aderezos, las pobrísimas capas de sus discípulos. Bien había pronosticado de Él un profeta¹, diciendo á la hija de Sión: «Alégrate, hija de Sión, porque tu Rey vendrá para ti justo y salvador, pobre y sentado sobre un jumentillo». Mira el bajo aprecio que debes hacer de las pompas del mundo, y lo mucho que debes estimar la pobreza, mansedumbre y humildad de Cristo. Si estas son las señales de tu Rey y de tu Señor, razón será que sean también las tuyas, ya que te precias de ser su vasallo; con ellas has de salir á recibirle cuando viene á ti en la sagrada Comunión; y con las mismas debieras presentarte cuando seas llamado á su reino. Mas pondera las circunstancias particulares de este suceso, que todas son muy instructivas. Envía dos discípulos por el jumentillo, y no uno solo, por llevar adelante la costumbre de que anduviesen acompañados, y de dos en dos, unidos en caridad. Manda que suelten los dos animales atados, y se los traigan, para significar que el oficio de los Apóstoles era soltar á los pecadores que viven vida bestial, y están atados con las sogas de sus pecados², y traerlos á Cristo, para que se apodere de ellos, y los rija como rige al jumento el que va montado en él. Manda que, si alguno se lo impidiere, le digan que el Señor tiene necesidad de ellos, y al instante los dejará, avisándoles que ha de haber quienes quieran estorbar su oficio, pero que tales estorbos cesarán en el nombre del Señor que les envía. ¡Oh palabra omnipotente, que así tapa las bocas y ata las manos de los que quieren impedir los mandatos del Señor! ¡Oh Rey de la gloria! ¡Qué entrada tan nueva es la que hacéis en este día! ¡Pobre, manso y humilde, sentado sobre un jumentillo! ¿Cómo no vienen los ángeles del cielo para arrebatarnos en un carro de fuego como á Elías? ¿Dónde está el fervoroso David, para que cante y se alegre delante de Vos como delante del Arca? Pero, ¿qué es lo que decís, Señor? ¿Que tenéis necesidad de un jumentillo tan vil y despreciado como este miserable pecador? ¡Bendita sea vuestra bondad! Yo soy el que tengo necesidad de Vos; porque sólo Vos podéis desatarme de los pecados, librarme del yugo de mi cruel amo el demonio, y ponerme bajo vuestro servicio.

Punto 3.º *Recibimiento que le hacen los judíos.*—Llegando Jesús cerca de la ciudad, á deshora, por inspiración del cielo, salieron á recibirle tropas de gente que, para manifestar su alegría, unos extendían en el suelo sus vestiduras para que sobre

¹ Zachar., ix, 9. — ² Prov., v, 22.

ellas pasara, otros cortaban ramos de olivo, otros llevaban palmas en las manos en señal de victoria, y todos entonaban armoniosos cánticos, diciendo: «Hosanna al Hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor». Mira cuán de verdad honra el Padre Eterno á su divino Hijo, con honras sólidas y verdaderas. En el pesebre, recién nacido, le envió millares de ángeles para que le alabasen, y ahora despierta ejércitos de hombres y mozos puros é inocentes para que solemnicen su entrada. Mira también la devoción de esta sencilla gente, que se quita sus capas y las tiende en el suelo para que las pise Cristo nuestro Señor en señal de reverencia, teniéndose por dichosos de que tocase sus cosas. Arroja con el mismo espíritu todas tus cosas á los pies de Cristo, para que Él haga de ellas todo lo que quisiere. Muy contraria fué la conducta de los fariseos, quienes, envidiosos de la honra que se tributaba al Señor, acudieron á Él mismo, diciéndole: «Maestro, reprende á tus discípulos y hazlos callar». ¡Cuán grande es la malicia del envidioso! Pénsale del bien del prójimo, condena por malo lo que es bueno, y tiene por pasión lo que es inspiración de Dios. Huye tú de tan abominable vicio, y sigue las inspiraciones del Espíritu Santo, las cuales son de sí tan eficaces, que truecan los corazones, enseñan á los ignorantes y los mueven á glorificar á Dios, dejando á los presuntuosos y soberbios fariseos en su tibieza. Por cuyo motivo respondió Jesús á la petición de estos: «Digoos de verdad, que si estos callaren, las piedras hablarán». ¡Oh dulcísimo Jesús, que soltasteis con vuestra inspiración las lenguas de los sencillos é inocentes, para que con gran júbilo os bendijesen y alabasen, dejando en su malicia y obstinación los duros corazones de los soberbios y envidiosos fariseos! Concededme vuestra gracia, que es poderosa para hacer de las piedras hijos de Abraham, para que con mis palabras y acciones os reconozca por mi Rey y Señor, y todas ellas sean para Vos bendición y alabanza perfecta. ¿Cómo piensas tú, alma cristiana, de Jesús? ¿Te alegra su venida, como á los sencillos israelitas? ¿Ó te llena de coraje, como á los fariseos? Mira cómo sientes de su doctrina, ejemplos y consejos.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán admirable es nuestro Salvador en todas y cada una de sus obras! Se acerca el tiempo de su Pasión; pocos días se pasarán, y será puesto en las manos de sus enemigos, y en esta ocasión quiere verificar su entrada solemne, pomposa y triunfal en aquella misma ciudad que le ha de arrojar de sí y suspenderle en un madero fuera de sus puertas. Así, de un modo palpable nos muestra el Señor cómo mira los tormentos de su Pasión, que no considera tanto como causas de tristeza, sino cual motivos de alegría, porque también ellos redundan en gloria de Dios y bien de los hombres. Así nos

¹ Luc., xix, 38.

enseña que todas las ingratitudes de Jerusalén no han podido entibiar su ardiente caridad, y cómo el padecer por Dios y por la virtud no es cosa afrentosa, sino gloriosa. ¿Habíamos aprendido estas lecciones que nos da el divino Maestro? Fíjate en la manera de verificar su entrada. Como Rey soberano y triunfador, entra montado; pero no en carroza triunfal, sino en manso jumentillo: las músicas que acompañan su entrada son los cantares de los humildes israelitas, las alfombras que cubren el pavimento son los vestidos de las gentes sencillas, gozosas de que Jesús los pise. Verdaderamente es el Rey manso, humilde y caritativo anunciado por el profeta Zacarías. Y Él es tu Rey, y tú eres su vasallo. ¿Cómo lo recibes? ¿Qué siente tu corazón en este caso? Dos suertes de personas le rodean; pero ¡con qué diferencia! Los humildes, sencillos y mansos como Él, le reconocen, reciben y vitorean como á su Rey; los orgullosos, hipócritas y envidiosos fariseos, se contradicen y sienten pena por sus alabanzas. ¿Qué piensas tú? ¿Has llevado pesadamente alguna vez que se hablase de Jesús, que se le alabase? Medítalo, y examina los propósitos que has de hacer para enmendar tu conducta. Baja muy al particular, escudriñando con grande cuidado lo que en ti has de corregir, enmendar ó mejorar; pide á Jesús la gracia que necesitas para alcanzarlo, y ruégale por ti y por todos aquellos que se hayan encomendado á tus oraciones.

8.^a—JESÚS LLORA SOBRE JERUSALÉN.

PRELUDIO 1.^o Jesucristo llora sobre Jerusalén, deplorando su ingratitud.

PRELUDIO 2.^o Representate á Jesús en este paso de su Pasión.

PRELUDIO 3.^o Pide la gracia de saber aprovechar las visitas de Jesús.

Punto 1.^o *Causas que motivaron el llanto de Jesús.*—Subiendo Jesucristo á Jerusalén, rodeado de las turbas, que con extraordinario entusiasmo le vitoreaban, luego que divisó la ciudad, comenzó á llorar amargamente sobre ella. Entre las varias ocasiones en que lloró Jesús, ésta es la que más sorprende, y sin duda fueron muy graves las causas que motivaron este llanto tan extraño. Pondera cuán poco caso hacía Jesucristo de los aplausos y alabanzas que le tributaban los hombres, y cuán poco se le pegaba de ellos al corazón, pues que á tales honores, vitores y bendiciones responde derramando lágrimas. Muy lejos estaba de reírse y envanecerse con aquellas prosperidades quien las aguaba con lágrimas y suspiros. Pero mira, sobre todo, la infinita caridad de Jesús, de la cual procedió el gozo de entrar en Jerusalén á morir, por el bien que de allí resultaba á sus escogidos, y, juntamente, el llanto á que ahora se entrega por el

¹ Luc., xix, 38.

mal que había de venir á los réprobos. No llora Jesús sobre sí mismo, por los trabajos que ha de padecer, sino que, olvidado de sí, llora, como dice san Lucas, sobre la desdichada Jerusalén, por los pecados que había de cometer matándole, y por los castigos que por esta causa habían de venir sobre ella; todo lo cual se le puso delante al tiempo que la vió. Mas es creíble que, así como Cristo nuestro Señor, mirando á esta ciudad de Jerusalén, en la que había algunos buenos y muchos malos, lloró los pecados de los malos y la destrucción que por su causa vendría sobre ella; así también entonces se le representaría la ciudad de este mundo y la Jerusalén terrena, donde están mezclados pecadores con justos; y mirando los pecados de los malos y los castigos que por ellos habían de venir, también lloraría sobre ellos; y, por consiguiente, lloraría sobre tus pecados, pues los tenía también presentes. Y tú, ¿no lloras los pecados que hacen llorar á Jesús? ¿Y seguirás cometiéndolos? ¿Y no harás penitencia por ellos? ¡Oh Redentor mío! Ahora veo cuán grave mal es el pecado, pues os hace llorar á Vos en medio de tanto regocijo. ¡Cuánto me pesa, Jesús mío, de la causa que os he dado y doy para que así lloréis! Deseo cuanto es de mi parte enjugar vuestras lágrimas, quitando de por medio mis pecados, que son la causa de ellas.

Punto 2.^o *Jesús lamenta la ceguera de Jerusalén y pronostica sus castigos.*—Considera cómo Jesús, en medio de su llanto, apostrofó á Jerusalén, diciendo: «Si conocieses en este día las cosas que son para tu paz, y ahora te están escondidas». En las cuales palabras apunta que la causa principal de la perdición del alma es la falta de conocimiento de sus propias miserias, la cual hace que ni las llore, ni las deteste, ni remedie; y la ignorancia de la bondad de Jesús y de los medios que ofrece para la salvación, por lo cual, ni le busca á Él, ni admite éstos. ¡Cuánto importa profundizar en el conocimiento de las propias miserias y del Remediador de ellas, que es Cristo nuestro Señor, con los medios que ofrece para ello, que son creerle, amarle y obedecerle! Mira, en particular, los medios que te ofrece para la paz de tu alma, en el estado que tienes en la Iglesia ó en la Religión. Y, al propio tiempo, pondera los castigos que Jesús pronostica á Jerusalén, en pena de su enorme ingratitud. «Serás (dice) cercada de tus enemigos y apretada por todas partes y echada por tierra, sin dejar en ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita.» ¡Ay del alma que no conoce ni se aprovecha de la visita del Señor! Sobre ella vendrán también los castigos que anuncia Jesús contra Jerusalén. ¡Ay de ti, si menosprecias las ocasiones que se te ofrecen para tu salvación y perfección! Tus enemigos te cercarán, te derribarán, sin dejar en pie ninguna virtud sólida. Y si esto te sucede en este mundo, ¿qué será en el otro? Jesús, que tanto lloraba los cas-

tigos temporales de Jerusalén, por el grande amor que la tenía, ¡cuánto más lloraría el castigo eterno que habrá de recibir en la otra vida, cuando venga á visitarla, no con visita de misericordia, sino de justicia muy rigurosa, en el día de la cuenta! ¡Oh piadosísimo Jesús! ¡Con cuánto afecto llorabais los desventurados hijos de esta perversa Jerusalén, mirándoles cercados de los demonios, postrados en el infierno, atormentados en todas sus potencias con turbación y desorden sempiterno! ¡Oh alma! Teme no seas tú de estos desgraciados. ¿Qué has de hacer para evitarlo? ¿Cómo aprovechas las visitas amorosas del Señor?

Punto 3.º *Jesús se dirige al templo, y, al anochecer, cansado de trabajar, se vuelve á Betania.*—Considera en este punto cómo Jesucristo, en entrando en Jerusalén, luego se fué al templo¹ á dar gracias á su Padre eterno, como lo tenía de costumbre, y allí sanó á muchos ciegos y cojos, y los niños que estaban en el templo, á imitación de los otros, renovaron el cántico: «Hosanna al hijo de David». Los fariseos, indignados, le dijeron: «¿Oyes lo que dicen estos?» Respondió: «Sí, oigo. ¿No habéis leído lo que dice la Escritura²: De la boca de los infantes sacaste perfecta alabanza?» Pondera, por una parte, la bondad y largueza de Jesús en hacer bien á cuantos se le llegaban, ciegos, cojos y tullidos, dando con esto testimonio de quién era; y además, la eficacia de la divina inspiración en mover las lenguas de los niños para glorificar á Cristo, atestiguando sus grandezas con estas alabanzas. Y, por otra parte, la maldad de los fariseos en sacar de todo ponzoña; porque, carcomidos de la envidia, ni les enternece la mansedumbre de Cristo, ni la grandeza de sus obras, ni las alabanzas de los niños que apenas sabían hablar. ¡Ay del hombre, cuyo corazón es presa del odio y de la envidia! Finalmente, mira cómo, habiendo estado Cristo nuestro Señor todo aquel día trabajando en predicar y hacer maravillas, siendo ya tarde, miraba á todos³, por ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y no hubo quien se moviese á ello, por temor de los fariseos; y así se volvió con sus Apóstoles ayuno á Betania, que distaba dos mil pasos de Jerusalén. En lo cual se ve la infinita generosidad y misericordia de Dios con los hombres; y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres contra Dios, y cuán poco se puede fiar de ellos, pues tan presto desampararon por temor humano al que habían recibido con tanto regocijo; cuya pena profetizó Cristo nuestro Señor al día siguiente por la mañana⁴, maldiciendo á la higuera que no tenía fruta de que comiese, y al punto se secó. ¡Oh Juez justísimo! ¡Cuán justamente echaréis la maldición á los malos en el día del juicio, porque teniendo hambre no os dieron de comer, y siendo peregrino no os quisieron hospedar! No permitáis que sea yo

¹ Matth., xxi, 12. — ² Psalm. viii, 3. — ³ Marc., xi, 11. — ⁴ Matth., xxi, 19.

tan ingrato, que, recibiendo de Vos todas las cosas, os niegue lo que me pedís, aunque sea mi corazón. ¡Oh alma mía! Imita á los tiernos infantes que sin dolo y con sinceridad alaban á Jesús, y huye de la abominable y envidiosa conducta de los fariseos que quieren estorbarlo. No te impida el temor humano el convidar y hospedar á Cristo, para que Él no te deseche de su reino. ¿Qué debes hacer á este fin?

Epílogo y coloquios. ¿Á quién no sorprende y admira la conducta de Jesucristo en su entrada en Jerusalén? Rodeado de turbas que le alaban, vítoean y llenan el aire de armoniosos cantares en su honor, prorrumpe en amargo llanto al momento que divisa la ciudad. ¡Tan poco caso hace de los aplausos de los que le acompañan! Tan encendida es la caridad que siente por aquella infeliz ciudad y por sus habitantes, que, ya entra con muestras de alegría en señal del deseo que tiene de remediara, ya derrama lágrimas para manifestar la pena que le causa su ingratitud. ¡También por ti lloraría Jesús en esta ocasión! Previendo tus pecados, el poco caso que de sus gracias habías de hacer, derramaría tiernas y amargas lágrimas de sentimiento. ¿No te confundes de haber causado llanto al mismo Dios? ¡Ah! ¡Si hubieses conocido lo que hacías! ¡Si hubieses reflexionado acerca de los medios que ponía Jesús en tus manos para no ofenderle y para conservar la paz en tu corazón y con Dios, indudablemente te hubieras detenido! Mas no lo pensaste, ni lo meditaste, y viniste á arrojarte en el precipicio de la culpa. Levanta tus ojos á Jesús, y al contemplarle tan solícito en el templo, curando á todos y enseñando sabia doctrina, y confundiendo con perentorias razones á los fariseos, acércate á Él humildemente, y al verle cansado, sediento, muerto de hambre, ofrécete á servirle, dándole tu corazón por morada y tu sangre por refrigerio. ¿Qué debes hacer para ello? ¿Qué exige de ti? Medítalo, propón, pide gracia, y ruega por todo el mundo.

9.ª — JESÚS UNGIDO POR LA MAGDALENA.

PRELUDIO 1.º La Magdalena ungió á Jesús con precioso unguento, lo que dió ocasión á que Judas murmurase de ella; mas el Señor la defendió.

PRELUDIO 2.º Representate vivamente este suceso, y que te hallas presente á él.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la devoción de la Magdalena y de huir de murmuración.

Punto 1.º *Devoción de la Magdalena en ungir á Jesús.*—Considera cómo, hallándose Jesús en un convite en Betania, se presentó María¹, hermana de Lázaro, trayendo en un vaso de alabastro una libra de unguento muy precioso, y con él ungió al

¹ Joan., xii, 3.